

Una inscripción deconstructiva del contexto de la globalización tecnológica

Ricardo Viscardi¹

La lectura de la soberanía en términos de incondicionalidad no comporta, pese a las apariencias, sino un retorno desviante al antecedente teológico. Tal retorno se encuentra gobernado por el planteo deconstructivo, en tanto Derrida lo vincula a una “desobediencia civil generalizada” entendida como “ley superior y justicia del pensamiento” (*L'université sans condition*). No en vano el cuestionamiento de Kant toma por foco, en una obra inmediatamente posterior (*Voyous*) la noción de “como tal” (yo, sí mismo, ipseidad), es decir, “la presencia a sí del concepto” (de la presencia) (*L'écriture et la différence*).

Aún cuando la incondicionalidad no puede ser leída (una vez contextualizada en tanto que “globalización” y “cyberdemocracia”), desde el criterio teológico, la simple contextualización no es suficiente —ante todo para quien cuestionó el pensamiento de lo “simple” (*La democracia, para otro día*)— para dar cuenta de la incondicionalidad en términos de un abordaje deconstructivo. El trabajo se propone indagar desde la obra de Derrida, el planteto del par soberanía-incondicionalidad, en cuanto supone una inscripción deconstructiva del contexto de la globalización tecnológica.

Las dos “máquinas de representación”

En la presentación que hace Derrida de la “Máquina de escritura”, a través del *Wunder Block* postulado por Freud como metaforización del aparato psíquico, el vínculo de representación se impone a la teoría (Derrida, 1967, p. 297). Esta imposición está cargada de fuerza, en particular de la fuerza que Derrida denominará “fuerza de ley”, pero la cuestión de la fuerza, de su intervención en la estructura de la representación, es decir, en la deconstrucción de la representación, cambia de una a la otra versión de la “máquina de representación”.

La primera versión, presentada en un trabajo cuya extensión no permitió la inclusión en la edición de *L'écriture et la différence* —exclusión de impresión que ya

¹ Ricardo Viscardi es profesor do Instituto de Filosofía. Universidad de la República, Uruguay. Habilitación a la Dirección de Investigaciones en Filosofía (Paris8-St. Denis), Doctor en Historia y Crítica de Ideologías, Mitos y Religiones (Paris-X-Nanterre y Escuela Práctica de Altos Estudios). Investigador del Sistema Nacional de Investigadores (Uruguay), Investigador asociado de la Universidad Paris8-St.Denis, docente del Instituto de Filosofía (UdelaR-Uruguay).

deconstruye cierta plenitud del sentido *avant la lettre*—, se sitúa en una doble relación. Por un lado con relación a la cuestión de las comillas tal como determinan, para Derrida, el injerto sintagmático en la escritura (Derrida, 1972, p. 377), por otro lado, con relación al aparato psíquico tal como Freud entiende explicarlo “metafóricamente” por medio de cierto artefacto que termina por ser “un juguete para niños” (Derrida, 1967, p. 337).

El centro neurálgico —valga la expresión con relación a una “representación” del aparato psíquico— que ocupa el *Wunder Block*, posibilita ante todo la propia presentación de la cuestión de la fuerza en la escritura. La fuerza no puede ser entendida, en tanto que *deconstructiva*, sino como un afuera del aparato psíquico, toda vez que éste sea entendido, a su vez, como origen soberano del pensamiento en un sistema. En cuanto todo pensamiento concebido como sistema significa para Derrida la clausura metafísica que origina la “presencia a sí del concepto” (Derrida, 1972b, p. 31-33), la fuerza en tanto que condición inherente al registro *mnésico* de marcas y por añadidura, a su propia inscripción a través de la presión sobre una superficie, provee el criterio de partición que permite injertar, recíprocamente de uno a otro, el sentido y la marca.

La doble partición interna y externa provee, para tal sentido y tal marca, la contraestructura deconstructiva que consigna, con un sentido metafóricamente válido —para Derrida aunque no igualmente para Freud, la primera versión de la “Máquina de escritura”. Construida en su interior mediante superficies irreductiblemente separadas —base de cera, papel encerado que se adhiere a una superficie de celuloide y corredera que permite periódicamente separar el papel encerado de la base de cera, esta máquina presenta por su exterior un punzón capaz de impresionar, por presión sobre las superficies superpuestas que lo enfrentan, una marca. Tal marca se forma cuando el punzón oprime el celuloide, el que a su vez presiona el papel encerado, que bajo ese efecto de fuerza queda adherido a la base de cera, mientras la elasticidad del celuloide le permite, por su lado, retornar a la posición inicial (Derrida, 1967, p. 31-33).

Aunque el punzón forma parte del aparato, no interviene sino desde un exterior, por lo tanto condiciona, en cuanto forma parte de un juego de fuerzas, el registro, la marca y los períodos de escritura y borrado. Este juego de fuerzas no interviene, a su vez, sino gracias a una actividad que se ejerce sobre la máquina que, por consiguiente, nos aclara Derrida, es menos una máquina que un útil (Derrida, 1967, p. 334). Efecto de una máquina y de su debido mantenimiento, la economía de escritura que determina tal juego de fuerzas se presenta bi-partita, por su misma condición técnica, en cuanto “no se la sostiene con una sola mano” (Derrida, 1967, p. 334). Como todos escribimos *de* dos manos, mientras una impulsa la impresión de la marca, por ejemplo mediante el punzón sobre la superficie de

celuloide, la otra mano se apoya para sostener el gesto de la que escribe. Esta concentración (doble y redoblada, por lo tanto disociada en sí misma) disloca toda unidad posible de las fuerzas que se pone en juego, ya que cada mano ejerce su fuerza propia por separado. De tal modo la temporalización técnica como ir entre uno y otro ya preside, de una a otra mano —dice el mismo texto, el ejercicio de la fuerza y sobre todo su efecto de marca, *suplido en el origen* por un juego de fuerzas separadas entre sí (Derrida, 1967, p. 334).

Supuestamente originaria, virginal e incluso actualmente presente, la impresión en su momento es efecto de un “suplemento de origen”, en tanto la partición técnica que la gobierna también la anticipa como memoria, dado que “se necesita al menos dos manos” (como condición simultánea y previa) para escribir. Tampoco nadie borra sin haber escrito, de forma que la partición técnica (de dos manos) determina tanto la escritura como el borrado, en una condición periódica de la máquina que termina por devenir, por períodos de marcado y borrado (Derrida, 1967, p. 336-337), *hipo-mnésica*, opuesta ante todo a la *anamnesis* —la memoria totalizante— hegeliana.

La eficacia representativa de la “Máquina de escritura”, con relación al propio régimen de la representación, consiste en la partición técnica que “divide en el origen” todo efecto de marca: “(...esta alienación inalienable no es solamente el origen de nuestra responsabilidad sino que estructura lo propio y la propiedad de la lengua” (Derrida, 1997, p. 40). Así ocurre con la partición entre la firma y la contrafirma, que signa doblemente y por desdoblamiento de todo lugar de autor, la condición documental de “Firma, acontecimiento y contexto” (Derrida, 1972, p. 393). Pero asimismo culmina el texto con esa contextualización en la persona de Derrida, que incluye su propia firma y contrafirma en la diagramación del artículo. Esa irrupción del autor identifica, mediante firma y contrafirma en el propio texto que publica, el injerto y la citacionalidad con el estatuo de la fuerza, e incluso con el espaciamiento del sintagma, determinado por una “fuerza de ruptura con el contexto” (Derrida, 1972, p. 377), que habilita a su vez re-contextualizarlo en infinitas cadenas sintagmáticas (incluida la de Derrida en su propio texto).

Subordinado a la marca que lo *firma*, el propio régimen del sentido que lo *contrafirma* queda periódicamente vinculado a la condición *citacional* del injerto, que emigra iterativamente es decir, alterando el sentido de la marca repetida, de un contexto a otro y por lo tanto, fuerza (sin forzar a ninguna otra marca) a ir de un sentido a otro (en una misma marca).

Cierta condición *atópica* de la fuerza se encuentra alterada en una segunda versión de la “Máquina de Representación”. En la fundamentación que presenta Derrida de esta transformación, se plantean dos criterios capitales: el propio régimen de la marca ha

cambiado, como efecto de acaecimientos tecno-científicos (Derrida, 1995, p. 31), que determinan un régimen alternativo de la marca (archivo, impresión, traducción, formalización, cifrado, inscripción).

Estas transformaciones propias de lo que se ha denominado “nuevas tecnologías”, podrían según se avanza en *Mal de archivo* afectar la “metáfora” que interviene gracias al *Wunder Block*, la que a su vez se encontraría superada (en una segunda versión del artefacto de escritura), por una economía alternativa del aparato psíquico, que viene a ser transformado en su “contexto interno”. Estas transformaciones tendrían que ver con el régimen de gestión de la marca, de forma que el binomio injerto/citacionalidad se vería suplantado por “otra lógica” (Derrida, 1995, p. 32).

Según otra consecuencia cardinal que señala Derrida, sería el propio campo psicoanalítico el que se vería afectado en su devenir contingente. Esta afectación provendría de una “ciencia-ficción” que retro-proyectaría un campo psicoanalítico signado por la transformación de las técnicas de archivo, de transmisión de información y de vinculación personal (Derrida, 1995, p. 33), gobernadas desde ya por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (e-mail, bases de datos, teleconferencias, etc.).

Esta transformación del psicoanálisis no sería mera prolongación técnica de los procedimientos de registro mnemotécnico, es decir de archivamiento, sino que habría determinado el propio contenido registrable, en cuanto tal contenido no puede, en una perspectiva de transformación de la marca por su propia economía de iteración, encontrarse separado de la estructura archivante (Derrida, 1995, p. 37). El sentido comienza, en este nuevo régimen de la marca, nos dice Derrida, en la impresora (Derrida, 1995, p. 37), es decir, tiene inicio en aquel instrumento que condiciona cómo y a través de qué régimen de escritura, se constituye el vínculo entre presión/impresión.

La consignación del sentido en la impresora, con ser una de las improntas de escritura más vigorosas y señeras del autor de *Mal de archivo*, no deja asimismo de contener, como impresión de impreso, la imposibilidad de desvincular el sentido de la máquina. Un acontecimiento de marca, que adviene de antemano (ante-mano) programado y por lo tanto desmarcado de toda fuerza de presión, marca la des-marcación que interviene entre el punzón y el chorro de tinta. Este advenimiento técnico es un acontecimiento, precisamente porque nada de lo humano interviene, para un comienzo del sentido en la impresora, que no sea maquinal y programable, de forma que cierta máquina-hombre (Gorz, 2003, p. 130) —si nos podemos permitir la reversión de la figura clásica de La Mettrie— posiciona a distancia la escritura de la marca que la con-firma (e incluso contra-firma) en un signo impreso (eventualmente escaneado) (Derrida, 1995, p. 36).

Desde el momento que la presión (de una idea, de una emoción, de una tecla) se vincula a través de un programa con la marca impresa, la fuerza de la escritura (y ya vimos que no existe para Derrida marca sin fuerza de injerto/citacionalidad), se encuentra suplida por la forma misma del espaciamento, o sea, por la posibilidad para cualquier elemento de la cadena sintagmática de abandonar una sintaxis contextual por otra (oportunamente *programada*).

Inicialmente planteada por Derrida con relación al ingreso del lenguaje en el “campo problemático universal”, inaugurado a su vez por la “eficacia simbólica” lévi-straussiana, la infinita substitución discursiva (Derrida, 1967, p. 411) en el interior del conjunto finito de la lengua, es decir, la interiorización de la infinitud (Derrida, 1967, p. 423), se convierte ahora en la propia condición eficaz de elementos consignados en un mundo posible. De ahí que no sea la unidad de los contrarios —signada por una dialéctica de proceso total, sino la unidad contradictoria en sí misma, la que signe la escritura (en régimen de máquina): el vínculo entre el “afuera doméstico” y la “prótesis del adentro” (Derrida, 1995, p. 37-38). Este re-doblamiento del lugar *pro-gramado* es inalterable e irreductible para una economía de emisión “a distancia” *de* máquina, de forma que desdobra (“afuera doméstico” y “prótesis del adentro”) (Derrida, 1995, p. 37-38) todo lo que con-signa a través del sentido de una marca.

Cierta “distancia en la distancia” se convierte en el régimen de iteración, en cuanto lo Uno no puede diferenciarse *como tal* sin revelar la injusticia que es por sí mismo, fatalmente vinculado a Otro que lo con-signa por el mero hecho de espaciarlo y suplirlo, máquina de por medio (Derrida, 1995, p. 124-125). Precedido por la máquina-hombre que escribe a través de un programa, todo Uno ya es Otro al diferenciarse como sí mismo, por anticipado “sentido archivado” por una “estructura archivante”, “dividida en el origen” de cualquier sí mismo por la programación de la máquina.

La máquina del origen

En cuanto la iteración (repetición y alteridad conjuntamente) supone una trópica, es decir un régimen de alteración del sentido, cabe preguntarse que trópica corresponde a un sentido que comienza en una máquina. Respecto a la *artefactualidad*, Derrida nos dice que antes que preguntarnos de **qué** esta hecha, conviene saber **que está hecha** (Derrida, 1998, p. 15). Privando a la *artefactualidad* de la preposición “de” (la cuestión no es “de” que está hecha, sino “que lo está”, sin materia ni procedencia), el autor de *Ecografías de la Televisión* también priva, a la misma *artefactualidad*, de toda condición previa a la propia máquina. Tal

origen maquinal está lejos de desvincularse de efectos, ya que concita la “actuvirtualidad”, que cabe entender como cierta “alter-factualidad” del artefacto, (*actuvirtualidad*: el acto de la virtualidad, la virtualidad en acto), “sobrenombre” (Derrida *dixit*) cuyo oximoron encadena una circunstancia en que perderemos para siempre —se nos advierte en el mismo texto— la “serenidad metafísica” (Derrida, 1998, p. 18-19).

Tal “serenidad metafísica” se refiere a toda la tradición de la metafísica: “la potencia y el acto, la dynamis y la energeia, la potencialidad de una materia y la forma definitoria de un telos, el progreso, etc.”, confiere un sentido alternativo, es decir trópico, al vínculo entre una potencia que se materializa y la finalidad a que se la destina. La alteridad proviene de la propia *actuvirtualidad*, en tanto que “realidad implacable” de un “presente supuesto” por tal acto virtual. La artefactualidad determina, en cuanto alter-factualización del presente, la alteridad profesional del filósofo. No en tanto condición alterada, sino en tanto alteridad propia a la condición filosófica, cuando ingresa en un “presente supuesto”.

Esta alteridad filosófica vincula al “filósofo del presente” tanto con un “filósofo de la actualidad del presente” como con un “filósofo de la presentación del presente”, de forma tal que “ningún filósofo digno de ese nombre” excluiría la unidad contradictoria de esas dos figuras (Derrida, 1998, p. 21). Tal unidad contradictoria deja en claro que el filósofo del presente es, en régimen de “actuvirtualidad”, tanto un filósofo de la actualidad periodística como un filósofo de la reflexión fundamental. Recordando que Hegel le aconsejaba a los filósofos de su tiempo leer los periódicos (Derrida, 1998, p. 15), Derrida subraya que lejos de clausurar lo filosófico en un contexto privilegiado o excluyente, el “presente supuesto” lo inscribe en la *artefactualidad*, que no está hecha *de* algo, sino que ante todo se supone que (como todo efecto de *artefactualidad*) “está hecha” de suponer.

Surge aquí en el contexto del par de “sobrenombres” *artefactual/actuvirtual* la característica espectral que desde *Mal de Archivo* se anuncia (Derrida, 1995, p. 153) a través de la afirmación “el sentido comienza en la impresora”, es decir, en la máquina. Tal espectralidad se encuentra protagonizada por el hiperperformativo (Derrida *dixit*) “ven”, cuyo comienzo de abrirse a la venida (del otro) es igual al fin (del otro) de venir a un abrirse (Derrida, 1998, p. 25). Pivotando entre uno mismo que lo dice y el otro que lo encuentra dicho, “ven” presenta el presente supuesto, como suposición que se desdobra en el presente de otro, al igual que la diada “afuera doméstico”/”prótesis del adentro”.

La expresión que vincula al “filósofo de la actualidad del presente” con el “filósofo de la presentación del presente” ingresa en la alternancia que introduce la conjunción disyuntiva entre la afirmación y la negación “no, empero sí” y “sí, empero no”. Lejos de suponer una exclusión recíproca entre el “sí” y el “no” (Derrida, 2003, p. 197), esta

expresión supone tanto el Uno como el Otro, es decir, sub-pone el Uno con relación al Otro, de forma que todo sí será asimismo la condición de su propio no y viceversa.

Una conjunción disyuntiva preside desde entonces la experiencia de la *actuvirtualidad*, “sobrenombre” (Derrida *dixit*) de una transformación tecno-científica del régimen de la marca. Este régimen no sólo itera (repite y altera) la trópica de la marca, sino que además la con-vierte en lo que tal trópica no es, una vez que supera la “injusticia” que supone todo y cualquier “Uno mismo”. El hiper-performativo que en el comienzo-fin del “ven” supone la alter-factualización del Uno como el Otro, también “divide en el origen” toda marca originada por la máquina, le impone la “realidad implacable” de un “presente supuesto”. Tal presentación del presente bajo suposición de actualidad, con-vierte el comienzo en el fin: hiper-presenta un mundo globalizado.

De la “máquina-útil” a la máquina del “reino de los fines”

Una condición espectral no puede nunca presentarse igual, ni distinta a sí misma, aunque su mismidad se puede formular como iteración (repetición y alteridad) sobre todo en el término *re-venant* del francés, que en español conviene vertir por “aparecido”. En una de sus últimas obras, *Voyous* (que a nuestro entender convendría traducir por “Malandros”), Derrida destaca que la deconstrucción nunca supuso otra cosa que líneas de fuerza que se cruzan espaciándose y suplementándose recíprocamente. Este planteo toma distancia de cierta idea de fin (de época), que como círculo y particularmente saber, conduciría a la *Destruction* heideggeriana que conllevaría, a su vez, el riesgo de confundirla con cierta economía de gestos que moviliza la deconstrucción (Derrida, 2003, p. 206-207).

Si bien esta economía de gestos no se vincula nunca en el autor de *L'écriture et la différence* a un centro, significado trascendental o indivisibilidad soberana que pudieran dominar una estructura, es decir, una forma rectora de la deconstrucción, no es menos cierto que el registro temático y la problemática teórica involucradas en el planteamiento derridiano reconocen —incluso de puño y letra del mismo autor— variaciones significativas, particularmente con relación a la condición de la máquina.

Para la consideración de la globalización en tanto que efecto inducido por una transformación tecno-científica, el lugar de la máquina como origen dividido de la conjunción disyuntiva (“sí, empero no/no, empero sí”), “realidad implacable” propia de un “presente supuesto”, habilita un hiato transitivo que desborda el performativo por el comienzo y por el fin, transformándolo en hiper-performativo. No se trata en lo que sigue, de replantear o incluso “iterar” lo que se ha señalado anteriormente, sino de retomarlo

abreviadamente para cotejarlo con la primera formulación crítica de la “Máquina de Representación”, relativa, como también se ha planteado en lo anterior, al *Wunder Block* de Freud.

En un momento clave para el planteo que desarrolla en la crítica de Freud, el texto desvía relativamente la propia denominación “máquina de escritura”, en cuanto la “temporalización” que se instruye “de dos manos”, como “coordinación de iniciativas independientes”, lleva a Derrida a señalar que el *Wunder Block* “es menos una máquina que un útil”. Caracteriza a toda máquina y en particular al “hombre-máquina” de *La Mettrie*, en efecto, cierta autonomía de la función. Por más que esta función sea acotada, reiterativa y episódica se basta, una vez lanzada por fuerza de la decisión, o por la decisión de la fuerza, para cumplir una finalidad eficaz por medio de un procedimiento formal.

Tal cualidad de autonomía relativa de la máquina la distingue del útil en un aspecto clave: la causa. Mientras la operación que cumple la máquina según el procedimiento que gobierna su constitución se vincula a una relación de causa a efecto, la operación que cumple el útil se vincula ante todo al empleo que se le asigna, tal la “caja de herramientas” que hiciera célebre, durante un diálogo con Foucault, la expresión de Deleuze (Foucault, 1978, p. 77). La “caja de herramientas” de Deleuze-Foucault admite una ejemplificación en la lengua, que el discurso implementa en un contexto dado, para asegurar una destinación feliz del habla protagonizada por un individuo. En cuanto consigna el sentido por medio de un programa, la máquina pro-gramada no confirma *a distancia* la “separación entre sí de superficies”, que constituye la contra-memoria del *Wunder Block*, sino a través de decisiones sistemáticamente articuladas. Estas decisiones constituyen un procedimiento de programación y suponen, por consiguiente, una “realidad implacable”: el “presente supuesto”.

En cuanto el sentido no se escinde del lugar de impresión sino des-doblándose a través de una decisión (y no a través de un juego de fuerzas), la decisión debe suponer un desdoblamiento de lo Uno, es decir, una injusticia que él hace y se hace, separándose del Otro al que pertenece por ser parte de un paso (de lo Uno a lo Otro o vice-versa). Presentándose como “afuera doméstico/prótesis del adentro”, “dar cierto paso” (Derrida, 1996, p. 33) es des-doblarse, mientras el sentido, que comienza en la máquina, no deja de comenzar en lo que está “dividido en el origen”. De ahí que en *Mal de Archivo* la “Máquina de Representación” no se presente signada por la expresión adverbial “es menos una máquina que un útil” y se la presente como un mixto unido por un guión: “máquina-útil”. La unidad que presenta un guión, en tanto “signo de escritura” —tal como lo consigna la tradición gramatical, es por demás sospechosa, en particular, de no contener nada más que

un hiato de sentido. Pero es un hiato de sentido vinculante, en particular, en tanto que disyunción: máquina por un lado, útil por el otro, la máquina-útil se coloca en una situación particularmente indecible: entre el programa y el gesto.

Todas las díadas indecibles que van a surgir hilvanadas en la lectura de la globalización, que habilita a su vez un replanteamiento de la racionalidad, se encuentran *in-limine* pro-vistas por el desplazamiento criterial que lleva a Derrida, de afirmar que el *Wunder Block* “es menos una máquina que un útil”, a emplear para escribir tal vínculo entre la máquina y el útil, un signo mediador (el guión, entre otros “signos de escritura”, como los paréntesis o las comillas) que no tiene en sí mismo sentido, pero cuyo uso afecta el sentido de los demás signos. Por esta vía la indecibilidad interviene como *parergon* del descentramiento propio al par citacionalidad/injerto (por ejemplo en *Marges*), siempre y cuando ese par citara o injertara algo propio en algún sentido, propiedad de sentido de antemano excluida, como tal, tanto por la indecibilidad como por la citación/injerto.

En cuanto a la máquina el “como tal” viene, para tal indecibilidad, a ser puesto en esa indelimitable relación indecible con el “como si” kantiano. Cuando Derrida vincula la máquina al “como si” en Kant, en cuanto ese “como si” interviene por igual en el cálculo del “reino de los fines” (*mundus intelligibilis*) y en el cálculo de la naturaleza, la transitividad del “como si” articula la razón en su conjunto, en cuanto la posibilidad del propio “reino de los fines” requiere la analogía con la naturaleza. Asimismo subraya que Kant concibe a la naturaleza en tanto máquina (*als Machine*) y gobernada por consiguiente (Derrida dixit) por un “cálculo de reglas” (Derrida, 2003, p. 187).

Desde entonces la cuestión de la máquina ocupa todo el escenario de la problemática tele-tecno-lógica y no se plantea en adelante la cuestión del “útil” (incluso cuando, pocas páginas más adelante, sea cuestión de la “virtualización en las ciencias”) (Derrida, 2003, p. 191). Tal exclusión del útil es la solución a la cuestión de la *artefactualidad*, en cuanto aquel artefacto respecto al cual no importa *de que* está hecho, sino que *está hecho*, reúne lo que divide en el origen, esto es, un quiasma entre lo Uno y lo Otro, entre el “afuera doméstico” y la “prótesis del adentro”, entre “el filósofo de la actualidad del presente” y “el filósofo de la presentación del presente.”

El régimen de decisión de esa indecibilidad no puede, por consiguiente, sostenerse en un hiato del comienzo/fin sin desbordar hacia lo que no admite posibilidad ni previsibilidad: el acontecimiento. Este acontecimiento se presenta, ya en el umbral indecible de un “cálculo de reglas” que vale tanto para la razón como para la naturaleza, como la conducción que lleva al piloto del navío, ante la inminencia del encallar catastrófico, a procurar el incidente sin consecuencias mayores de una encalladura en lecho

blando (Derrida, 2003, p. 173). Pero tanto el hundimiento que amenaza al navío en riesgo, como la maniobra que lleva a acostarlo *in extremis* a un obstáculo sin consecuencias, se le presentan al piloto bajo la faz del acontecimiento (Derrida, 2003, p. 171), *como tal y como si* el acontecimiento (encallar, encalladura) fuera la propia “realidad implacable” de un “presente supuesto” (que Derrida ya nos había anunciado en *Ecografías de la televisión*).

Lo propio de la decisión que el piloto de la nave toma ante la catástrofe en ciernes, supone la indecidibilidad entre el encallar y la encalladura, no porque el piloto dude respecto al rumbo a seguir, sino porque el propio piloto interviene como un elemento más en un desenlace indecidible *a priori*, fuerza pugnando entre fuerzas, en medio de un mar embravecido.

La causa razonable

Derrida retoma la lectura de Husserl en el penúltimo capítulo de *Voyous* (“Téléologie et architectonique: la neutralisation de l'événement”), particularmente a través de *Crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Se trata de un texto que Derrida conoce bien, como toda la obra de Husserl, a la que dedicó su tesis de doctorado. Este texto corresponde al último período de Husserl, que se cierra incluso con *El origen de la geometría*, al que el autor de *La voz y el fenómeno* dedicó una importante introducción, que constituye una temprana publicación académica en su carrera, del año 1962. Ese retorno sobre Husserl adquiere una importante significación generacional, en cuanto marca la relectura, desde un punto de vista signado por una posteridad tecno-tele-científica, de un contexto teórico inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial (es decir, el período de formación del propio Derrida).

Foucault declara en la entrevista que concediera a Roger Pol-Droit inmediatamente después de la publicación de *Vigilar y Castigar* (Foucault, 1975), que en los años 50' la misma obra y el mismo período de Husserl constituían una referencia principal para los trabajos y preocupaciones de su generación. De la misma manera *La técnica y la ciencia como ideología* de Habermas dedica una atención principal a Husserl, precisamente sobre la perspectiva del positivismo y conoce una primera edición en 1968, pero recopila artículos entre los cuales el primero en orden de publicación data de 1964 (Habermas, 1973, p. 213).

El retorno sobre Husserl es entonces un retorno sobre la cuestión de la racionalidad occidental en un momento signado por la globalización tecno-científica, para colocar bajo la perspectiva del presente, a inicios del siglo XXI, el balance de fracaso que hace Husserl en su momento. Este balance será analizado por el autor de *Voyous* tomando

particularmente en consideración, con relación al planteo husserliano, la posibilidad de una rehabilitación de la fenomenología trascendental y por su intermedio, de la tradición de la racionalidad europea, que en la *Krisis* se vincula incluso a la “existencia europea”.

Husserl se propone cuestionar el “irracionalismo” del “naturalismo” y el “objetivismo”, que reducen la tarea infinita de la razón y la enquistan en una “vestidura” (Husserl, 1984, p. 56-57) (Derrida emplea el término *cocon*), inducida por el inmediatismo formal de la técnica (el ejemplo que da Husserl se vincula a las matemáticas). De ahí que Husserl reivindique un “heroísmo” de la razón capaz de liberarla, desde el cometido infinito que le es propio en una perspectiva fenomenológico-trascendental, de ataduras técnicas y formalismos de procedimiento. El autor de *Voyous* descrea, por su parte, de la eficacia de la consigna husserliana en torno a la liberación de la racionalidad europea, escepticismo que extiende no sólo al reduccionismo técnico que inducen el “objetivismo” y el “naturalismo”, sino incluso al propio saber-poder que se consagra a través de la razón (particularmente cuando se inviste de “comités de ética”) (Derrida, 2003, p. 199). Este poder se consignaría en “la razón del más fuerte”, en cuanto vinculada a un principio único de la razón en el mismo Descartes, reivindicado una vez más por Husserl en la *Krisis* (Derrida, 2003, p.194).

El círculo que forman entre sí el reduccionismo de la técnica y la propia referencia del fenomenólogo a Descartes, no se reduce a la cuestión del Hombre-máquina que hizo célebre La Mettrie, por más que todo mecanismo manifieste la misma simplificación procedimental. Se expresa incluso, en *Los Principios de la Filosofía*, a través de la identificación de la excelencia del artefacto con la excelencia de la inteligencia que lo ha ideado (Descartes, 87, p. 28). De esta forma se traduce, incluso a partir de la factualidad del artefacto, la solución de continuidad racional que consagra cierta celebración de la máquina, mera cristalización *de facto* de una regulación espiritual inalterable.

Concebida en tanto “máquina de reglas”, la naturaleza no deja de incluir al humano que la conoce. Surgiendo de cara a la naturaleza que conoce, la razón práctica no deja de protagonizar, a su vez, el conocimiento teórico de la propia naturaleza, pliegue de una razón (práctica) en la otra (teórica), por el que Kant subordina la razón teórica a la razón práctica como a su fundamento (Derrida, 2003, p. 184-185). En ese “ponerse por debajo” como fundamento y causa del conocimiento como tal, la razón práctica no deja de inscribirse como cierta naturaleza del conocimiento, generando un pliegue que la posteridad de Kant denominará “la paradoja de la autonomía”. Una vez que ha sido investida como fundamento del conocimiento, la razón práctica no deja de infundirlo *como si* sostuviera su causa, anclada en la “naturaleza” antes que en la “libertad” (con el sentido

de oposición que reviste para Kant el vínculo entre libertad y naturaleza, en tanto condiciona el uso de la razón).

Tal sub-posición de una causa que trasciende a través del saber, es reivindicada por Derrida como posicionamiento de la *hipótesis*, “ponerse debajo” (Derrida, 2003, p. 169) que pauta un ordenamiento sin fin propio, como no sea expresar el “reino de los fines” que no puede conocerse sino por analogía con la naturaleza *como tal*, en cuanto tal “reino de los fines” no puede ser protagonizado sino *como si* fuera una máquina de reglas, es decir, una máquina.

En tanto sub-posición que conoce la naturaleza como efecto de la razón humana, la hipótesis (hipo-tesis: ponerse debajo) provee un trabajo de ordenamiento sin fin exclusivo, esto es, interviene como una máquina dentro de la máquina. De esta manera la noción de causa racional se vincula asimismo a la de la dignidad humana, ya que esta dignidad proviene de la propia causa racional, diferenciada pero igualmente provista por una única Naturaleza. Ante un despliegue *como tal* de la “máquina de reglas”, el *como si* (fuera la “máquina de reglas” de la naturaleza) de la razón humana despliega su propia soberanía diferenciándose, pero no segmentándose, de la incondicionalidad del todo (de la Naturaleza).

La equivalencia cognitiva que establece Kant entre el *como tal* del concepto trascendental y el *como si* del entendimiento a través de la experiencia, no permite establecer el designio de incondicionalidad tal como este se manifiesta como un *venir* (pro-venir, ad-venir) (Derrida, 2003, p. 203) del acontecimiento por encima de la decisión. Por esa (razón de una) causa que no se subordina a ninguna soberanía que no condicione, Derrida debe recurrir a Platón, para plantear lo que ad-viene de acontecimiento, ante todo, *porque* no deja de provenir de una misma causa incondicional.

La deconstrucción de la noción de “causa” en tanto que operación de una “máquina de reglas” (es decir de una máquina), *como tal* tributaria de la soberanía operativa que le es propia, corresponde a la dignidad que atribuimos a la causa *como si* fuera última. La condición última y primera de la causa se manifiesta a través de la decisión, *soberana como tal*, de asumir *incondicionalmente* el acontecimiento, *como si* fuera propio a la razón. Esta propiedad de acontecer por encima de la decisión, es decir, indecidiblemente, habilita la incondicionalidad con relación a elementos que superan toda regla y toda humana previsión, sin dejar pese a ello de formar parte de una libertad de conducirse con arreglo a razón, ante lo que (o quién) adviene.

La postulación (Derrida *dixit*) de la causa como principio *arquónico* (Derrida, 2003, p. 193), pero no por ello ajena a la situación, habilita una universalización que no se deja

determinar por reglas (Derrida, 2003, p. 216). Posicionada desde un tropismo hipotético, en cuanto incondicionalmente sub-puesta en el acontecimiento-por-venir —como un encallar cuyo por-venir fuera un por-venir encalladura, la decisión *im-posible* (Derrida, 2003, p. 203) se moviliza ante el ad-venimiento del acontecimiento.

Una decisión sin un único sentido que la gobierne disemina la racionalidad en la espectralidad ad-venticia (en cuanto ad-viene) del acontecimiento. Impedida desde entonces de gobernarse por un criterio soberano en medio de reglas maquinales, la racionalidad adviene razonable y “salva el honor de la razón”, sin dejar de ser la cosa más compartida del mundo (pese a Descartes, pero gracias a él) (Derrida, 2003, p. 217). La decisión se encuentra, en efecto, sujeta a la incondicionalidad por una vía que no incorpora reglas del método, sin dejar por ello de “salvar el honor de la razón”, en cuanto la persona se encuentra sujeta a lo imprevisible del acontecimiento pero, por la misma razón, *incondicionalmente* vinculada a una dignidad del fin que procura.

Referencias bibliográficas

- DERRIDA, J. (1967). *L'écriture et la différence*. Paris. Seuil.
- _____ (1972a). *Marges. De la philosophie*. Paris. Minuit.
- _____ (1972b). *Positions*. Paris. Minuit.
- _____ (1995). *Mal d'Archive*. Paris. Galilée.
- _____ (1996). *Apories*. Paris. Galilée.
- _____ (1997). *El monolingüismo del otro*. Buenos Aires. Manantial.
- _____ (1998). *Ecografías de la televisión (entrevistas de B.Stiegler)*. Buenos Aires. Eudeba.
- _____ (2003). *Voyous*. Paris. Galilée.
- DESCARTES, R. (1987). *Los principios de la filosofía*. México. UNAM.
- FOUCAULT, M. (1978). *Microfísica del poder*. Valencia. Ed. de la Piqueta.
- _____ (1975). “Les confessions de Michel Foucault” (propos recueillis par Roger Pol-Droit), recuperado de <http://1libertaire.free.fr/Foucault40.html>
- GORZ, A. (2003). *L'immatériel*. Paris. Galilée.
- HABERMAS, J. (1973). *La técnica y la ciencia como ideología*. Paris. Gallimard.
- HUSSERL, E. (1984). *Crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. México. Folios.